

HERNANDO HOLGUIN Y CARO

Con el pecho henchido de emoción y los ojos preñados de lágrimas, escribo estas líneas en honor del amigo del alma que se me ha ausentado para aguardarme—así lo espero de la misericordia divina— en la casa de la eternidad.

El dolor que la muerte de Hernando Holguín y Caro ha causado a su familia y a los amigos de su intimidad no puede expresarse con palabras. De este pesar participan, en mayor o menor grado todos los demás colombianos. Las letras y las nobles ciencias jurídicas llevan el luto de su cultivador insigne; la tribuna siente que ha enmudecido una de sus voces más altas; la cátedra, que la ha abandonado un profesor incomparable. La sociedad bogotana ha perdido un ornamento y un modelo; muchos pobres y desgraciados se han quedado huérfanos de padre. Colombia, como Raquel, llora y solloza por su hijo y no quiere consolarse, porque él ya no existe. La Iglesia militante de la tierra le ha cedido a la Iglesia triunfante uno de sus fieles más amantes, de sus más valerosos soldados.

Hernando vino al mundo con el peso de dos apellidos cargados de laureles, y se los devuelve a la historia sin una sola hoja marchita y aumentados con frescos y frondosos renuevos. Tuvo de su egregio padre la integridad de creencias y opiniones, la benevolencia con el prójimo, el dón de gentes, conquistador de voluntades. Heredó de su madre las cualidades del corazón y las virtudes cristianas y, de sus antepasados por línea femenina, el desprecio por los falsos bienes terrenales, la independencia del juicio, el arte de gobernarse a sí mismo. De una y otra progenie alcanzó la inteligencia preclara, la áurea pluma, la avasalladora elocuencia.

Aquí podría yo enumerar los encumbrados puestos que ocupó en servicio de la República, los honores que recibió del Gobierno nacional y de varios extranjeros, los institutos sabios de dentro y fuera del país que lo recibieron en su seno. Con esos materiales, sin mezcla de otro alguno, se teje el boceto biográfico de las medianías afortunadas. Pero Hernando no valía por lo que le daban los demás, sino por sus propias obras; no por lo que poseía, sino por lo que era.

Y era, ante todo y sobre todo, un cristiano, un católico a carta cabal, en quien la razón andaba acorde con la fe, la voluntad con la razón, la conducta con las creencias. Tal fue el fundamento, el por qué de su mérito insigne. Todas las calidades, y condiciones y virtudes y servicios que han arrancado un grito de admiración a propios y a extraños, no fueron en Hernando sino destellos de su fe, llamaradas de su caridad, que es amor a Dios, y por Dios a todos nuestros semejantes. Caridad he dicho: la genuina, la evangélica; no la falsificada y contrahecha que pretende amar a los hombres sin amar al que los creó; o que se compadece de los pequeños, envidiando a los grandes; o que da limosna, humillando al que la recibe; o que defiende la verdad, aborreciendo a los que yerran; o que distribuye pan con las manos y hurta reputaciones con los labios.

La caridad mantenía a Hernando en perpetua vigilancia para evitar todo lo que pudiera desagradar a su Dios, a su amadísimo Jesús. De aquí la pureza de las costumbres, la integridad de la vida, que autorizan a presentar la de Holguín y Caro, día por día, desde la cuna hasta el sepulcro, como ejemplo digno de imitarse. Era el amor de Dios el móvil de todas sus acciones. Escribía y enseñaba en obsequio a la verdad, que es irradiación de la Sabiduría increada; hablaba, para defender la justicia, atributo esencial del Dominador su-

premo; cultivaba las letras y la poesía, por ser la belleza artística trasunto de la Hermosura infinita. Si se afilió a un partido político y lo defendió con tesón inapeable, era porque veía en él una garantía a la libertad de la Iglesia, al engrandecimiento de la Patria. Y si a la Patria consagró todos los momentos de su vida, toda la actividad de su sér, lo hizo por considerar el patriotismo como precepto de la ley natural, definida por Santo Tomás, participación de la eterna y divina, en la criatura dotada de razón.

Se alimentaba y crecía la virtud de Hernando con la práctica incansable de la piedad cristiana, de la devoción, la más alta dádiva, según San Francisco de Sales, otorgada al hombre, como que es ella la flor de la caridad, de la señora de todas las virtudes. Devoción sincera, ilustrada y varonil; católica, es decir, conforme al espíritu de la Sede Romana; sin vana e inútil ostentación, pero sin cobardes respetos humanos.

Algunos desearan que Holguín y Caro hubiera sido lo que fue, pero sin ser devoto. ¡Cuán grato recoger cada año una abundante cosecha de dulces y sazonadas frutas en el huerto, pero sin el ramaje de los árboles, que da sombra; pero sin las raíces y los troncos, que obstruyen el tránsito!

Hernando era humilde. Sin esta condición, las demás de nada le habrían servido para la vida eterna. Aunque él nunca hablaba de sí propio, ni en bien, ni en mal, para mí no era un misterio el bajo aprecio en que se tenía, el menguado concepto que abrigaba de sus conocimientos y aptitudes, su confusión y vergüenza al advertir en su alma alguno de los errores o flaquezas inseparables de la condición humana. Fue ajeno también a la contraria forma del orgullo, que consiste en esconder el talento del padre de familia por miedo de fracasar en las empresas, por aprensión de ser aventajado por

otros de los compañeros de labor. Sabía Hernando la obligación impuesta a todo hombre de emplear los dones de la Providencia, chicos o grandes, en servicio de la Iglesia y de la Patria, sin preocuparse demasiado por el éxito, confiando en Dios, que sabe derribar con la piedra lanzada por la honda de un pastorcillo, al armado gigante, caudillo de las huestes enemigas.

Tuve en Hernando un amigo íntimo, fiel y cariñoso; más aún: un hermano, menor en edad, no en discernimiento y madurez. Me acompañó, sirviéndome de consuelo, en todas las horas amargas de mi vida; fue para mí un leal y discreto confidente y, en varias ocasiones, atinado consejero. Me hizo bien hasta el último momento de la vida; porque su santa muerte me tiene colmado de edificación y dulcísimas esperanzas.

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; sea bendito el nombre del Señor.

R. M. CARRASQUILLA

DISCURSO

DEL SEÑOR DON JOSÉ GNECCO MOZO, A NOMBRE DE LA
SOCIEDAD JURÍDICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
ANTE EL CADÁVER DE HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

El ánimo se sobrecoge de amarga sorpresa al ver cómo del árbol nacional han ido desgajándose las frondas preciosísimas, cuando aún había sobre ellas muchas flores prestas a convertirse en noble fruto. Ayer no más acompañamos en este mismo cementerio los féretros de Julián Restrepo Hernández, Antonio José Cadavid y José Gnecco Laborde, ilustres individuos del foro; hoy, plenos de tristeza, casi impotentes para soportar la honda congoja que nos atribula, vemos delante de nosotros la negra caja que en esta vida ha de ser la mansión última de Hernando Holguín y Caro.